

Revista de Costa Rica

(Publicación Mensual)

AÑO II

SAN JOSÉ, COSTA RICA, MARZO DE 1921

No. 7

Director Propietario: J. FCO. TREJOS QUIRÓS. — Ap. de Correo No. 950

Apuntes sobre el Volcán Rincón de la Vieja *recopilados*

por J. Fid. Tristán, Director del Colegio de Srtas. - San José

(Conclusión)

Desde la orilla del cráter cuando el viento dividía las nubes, se me presentaba una espléndida vista de las grandes llanuras del Guanacaste y del mar del Sur, por un lado y por el otro al N. y al O. la montaña salvaje del Río Frio hasta el hermoso lago de Nicaragua.

En la planicie montañosa de Río Frio pude distinguir con claridad los platanares de los indios guatusos, pero por desgracia no pude contarlos con precisión. Estimo que serían como 15 por lo que calculé como 500 personas en los palenques.

En mi bajada, ya de regreso, no pude distinguir nada a causa de la espesa neblina y por la necia superstición de mis guías que habían quedado atrás y que no contestaron a mis repetidos llamamientos—casi perdiendo mi vida—llegué muy tarde y rendido al lugar en donde me esperaron y como a las nueve de la noche a las casas de Guachipelín.

El Rincón es una montaña prolongada que aumenta su altura hacia el N. O. y que se divide hacia el S. O. en monte y hacia el N. O. en parte desnuda; el cráter se encuentra en esta última. La parte pelada está cortada por numerosos y profundos precipicios, en donde las aguas forman muchas veces hermosas cataratas hasta de 80 pies de altura. Al S. está el Rincón circulado por un cinturón de tufa, piedra pómez y en cuya prolongación al W. se encuentran las

crestas peladas y perpendiculares de los cerros San Vicente y Góngora.

No había que pensar en una media de la altura y muy satisfecho quedé de haber salido con vida.

1886
J. B. CALVO
APUNTAMIENTOS

En los Apuntamientos de Don J. B. Calvo: *Costa Rica en 1886*, se considera el Rincón de la Vieja como cerro.

Pág. 25. «Por la parte del N. O. a los montes de Poás, siguen la cadena que forman los cerros llamados de los Guatusos, la Sierra Tilarán, Cerro Pelado, Tenorio, Miravalles, Rincón de la Vieja y Orosí»

Entre la lista de volcanes no cita el Rincón de la Vieja.

1889
MIGUEL OBREGÓN L.

En los Elementos de Geografía por Enrique Lemonier y F. Schrader. Librería de Hachette París, publicó en 1889 Don Miguel Obregón L. entonces Director del Instituto de Alajuela, sus Nociones de Geografía de Costa Rica. El Sr. Obregón señala (pág. 3) el Rincón de la Vieja como Volcán.

1892
F. MONTERO BARRANTES
GEOGRAFÍA DE C. R.

En la pág. 224 se lee:
«Después del Orosí, hacia el Sur, se encuentra el volcán Rincón de la Vieja, que arroja ceniza con frecuencia y algunas veces grandes llamaradas. Es un volcán de aspecto hermosísimo, con sus abruptas pendientes, sus erizadas crestas peladas y sus faldas vestidas de abundante vegetación. Las erupciones de este volcán parece que se han verificado hacia el norte, pues a ese lado tiene los cráteres. Hasta hoy no ha sido medida la altura de ese coloso guanacasteco.

1892
JOSÉ ROJAS SEQUEIRA

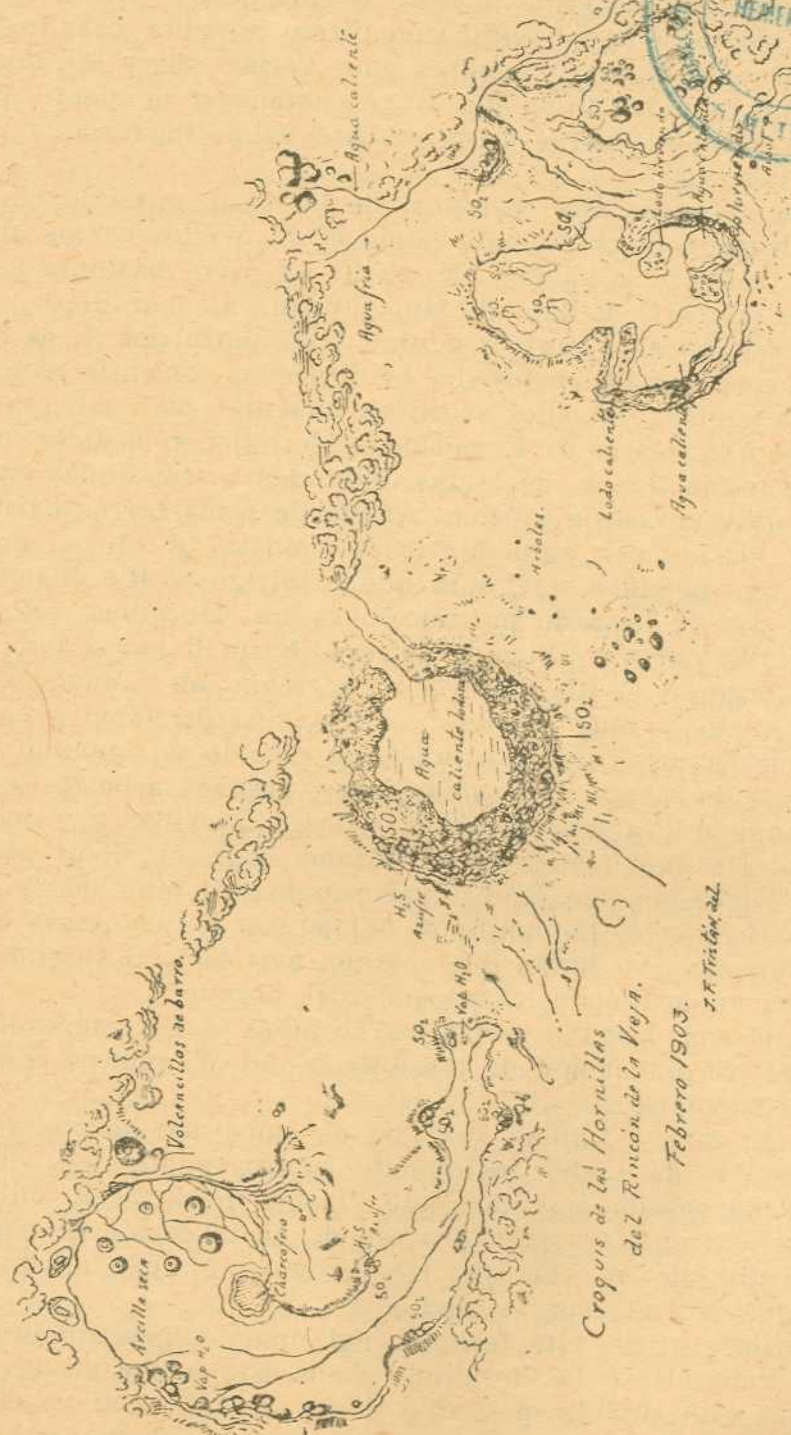
Este artista y fotógrafo costarricense tomó en el año indicado muy buenas fotografías de las Hornillas y de la cresta que forma la parte desnuda. Debo a la amabilidad del Sr. Rojas Sequeira dos excelentes copias de estas fotografías que son, según creo, las primeras que existen tomadas hace 29 años.

1901
A. H. KEANE
F. R. G. S.

En el libro de este autor: *Central América and West Indies* Vol. II figura en la pág. 247 una tabla de los Volcanes de Costa Rica en la cual se anota el Rincón de la Vieja con 4.500 pies de altura (1371,6 mts.) y en estado de «quietud».

1903
HORNILLAS
J. F. TRISTÁN

1903. Diario. El domingo 15 de febrero salí a las 5 a. m. de la Hacienda Miravalles con el guía Antonio Alvarez, hacia la Hacienda de Guachipelín, con el objeto de visitar las «Hornillas» del Rincón



*Croquis de las Hornos
del Rincón de la Vieja.*

*Febrero 1903.
J.F. Tristán*

de la Vieja. Pasamos por la hacienda Santa María y llegamos a Guachipelín a las 2 h. 20 minutos. La casa estaba desmantelada con motivo de algunas reparaciones, pero fuimos bien recibidos y se puso a nuestra disposición todo lo que había. Desde nuestra llegada el viento se hacía sentir con fuerza inaudita y su furia llegó a inspirarme algunos temores pues varias veces las tejas de barro fueron movidas de su lugar. Al amanecer el viento arreció pero en las primeras horas de la mañana calmó sus furias, y la cordillera se despejó.

16 de febrero. Del corredor de la casa, mirando hacia el Norte se distinguen claramente hacia el N. W. los cerros de San Vicente y Góngora y hacia el N. N. E. un cerro bastante elevado que se me dijo era el llamado Guachipelín. La cordillera que se ve representa un arco muy irregular. La parte del E. es montañosa, mientras que los cerros de la dirección contraria son escarpados y desnudos. En ellos se divisa uno que otro arbusto y numerosas piedras y cascajos. El mismo aspecto tienen hasta la cumbre. Las faldas están llenas de lomas desnudas y separadas entre sí por profundos surcos de erosión. Al pie de estos cerros existe una «hornilla» aislada con agua hirviendo, lodosa y en su proximidad pasa una pequeña quebrada que se dirige al Río Blanco.

A las dos de la tarde partimos para las «Hornillas». Seguimos hacia el N. E. por muy buenos potreros hasta llegar a los tupidos bosques. Pasamos el Río Colorado que tenía un caudal de agua bastante grande y muy pronto la vegetación principió a cambiar. Desaparecieron los grandes árboles, de cuando en cuando pequeñas sabanas de zacate seco amarillento, algunos arbustos también secos y animando aquel paisaje, las flores amarillas y vistosas del poro-poro. De nuevo aparece el bosque, pero el débil olor del *anhidrido sulfuroso*, me indica que estamos ya muy cerca de las hornillas. En efecto, por entre el follaje veo las columnas blancas y arremolinadas del humo que parece más bien desprenderse de una fogata en medio de la espesura del bosque.

Recorrí con despacio todas las hornillas e hice un croquis de todas ellas con excepción de las últimas del W. por no contar con el tiempo necesario.

Forman estas hornillas una faja de unos 200 metros de largo por 50 metros de ancho incluyendo ciertos puntos en donde la actividad ha cesado por completo. Tienen hacia el E. un recodo y hacia al extremo opuesto otro recodo en dirección contraria. Se pueden distinguir en esta zona tres grupos, cada uno de los cuales se distingue por su aspecto particular.

El primer grupo está formado por una pequeña quebrada que forma el límite E. de las hornillas. Tiene esta quebrada dos afluentes. El que está situado más al E. lleva sus aguas muy calientes y sale de la base de grandes piedras. A poca distancia se junta

con el segundo afluyente de agua fría. Esta curiosa quebrada desemboca en el Río Colorado. A una distancia de unos pocos metros de esta quebrada se nota una pequeña *hornilla* formada por algunas piedras grandes entre cuyas juntas salen gases fuertemente cargados de $S. O_2$ a tal extremo que provocan molestias. Dos grandes pailas siguen a continuación de este desprendimiento. La que queda a la derecha tiene como 15 mts. de ancho por 20 de largo. Su fondo está ocupado por una capa de arcilla y algunas piedras. En varios lugares se desprende también $S. O_2$ y $H_2 S.$ más o menos mezclado. La paila de la izquierda es mucho mayor y presenta ciertas particularidades: hacia el lado E. hay mayor desprendimiento de gases sulfurosos mientras que al Oeste hay algunos lugares con agua hirviendo y en otros hay un lodo muy espeso que hierve también y que de cuando en cuando forma pequeñas explosiones de barro. Al rededor de estas dos pailas hay abundante vegetación, gramíneas y algunos árboles grandes entre ambas. Tienen además estas dos pailas un desagadero hacia la quebrada y se notan señales evidentes de que en la estación lluviosa, llenas de agua estas pailas se desaguan hacia la quebrada.

El segundo grupo, situado a una distancia de unos 150 mts. del primero, está formado por una pequeña laguna en forma de cráter, cuyo diámetro mayor lo calculé en unos treinta metros en la parte superior y de unos diez metros de profundidad. Sus paredes no son muy inclinadas y en el fondo hay una laguna con agua bastante caliente y un desagadero. Los paredes de esta laguna están formadas por piedras y cascajos enterrados los que en varios lugares dejan escapar gases sulfurosos por pequeñas aberturas. En algunos lugares hay azufre cristalizado. El agua contiene mucha arcilla y alumbre.

El tercer grupo está formado por una ancha grieta muy irregular con el extremo doblado y ensanchado. Todo el fondo de esta grieta está cubierto por una capa de arcilla amarillenta en partes rajada y abombada. Los bordes de esta grieta están formados por piedras grandes y en muchos lugares dejan escapar en sus juntas gases sulfurosos. En el extremo ensanchado me llamó la atención la existencia de varios conos de barro en cuya cúspide tenían un agujero por donde salían gases con violencia. Conté siete conos de estos el más grande apenas alcanzaba un metro y medio de altura. Los gases estaban formados por vapor de agua y gases sulfurosos. Una rama seca encendida que puse sobre estos conos se apagó inmediatamente y no noté ninguna señal de que estos conos dejaran escapar gases inflamables. Dentro del bosque mismo había también varios conos de estos ya apagados completamente y otros destruidos.

Estos pequeños conos de lodo arcilloso se han formado evidentemente después que se han secado casi por completo las pai-

las. En la estación lluviosa estas pailas deben tener un aspecto muy diferente.

En algunas de ellas observé una capa de una sustancia de aspecto oleaginoso y de color negro.

A mi regreso a la hacienda traté de conseguir algunas noticias sobre la situación y aspecto del cráter del Rincón de la Vieja, pero ninguno de los *sabaneros* me pudo informar.

Guachipelín, febrero 16 de 1903.

Febrero 17. Regreso a la finca Miravalles.

*
**

De nuevo visité estas Hornillas siete años más tarde (1910) en compañía del distinguido Zoólogo Americano Dr. P. P. Calvert. El primer grupo de hornillas se habían transformado completamente, y la grieta ancha del Tercer grupo estaba muy apagada de tal modo que había ya bastantes yerbas y gramíneas en donde siete años antes salían en abundancia gases sulfurosos y vapor de agua.

1904
F. F. NORIEGA En el Diccionario Geográfico de Costa Rica dice el Sr. Noriega lo siguiente:
Pág. 166.

RINCÓN DE LA VIEJA. Gran macizo de cerros entre los cuales descuella un volcán al S. E. del de Orosí y al N. de la provincia del Guanacaste a 1500 mts. sobre el nivel del mar.
Pág. 228.

VIEJA (Rincón de la) Núcleo de Cerros a 1.371 mts. de altura sobre el nivel del mar entre los cuales descuella uno con el carácter de Volcán, al N. O. del de Miravalles, Guanacaste.

Al S. E. de las llanuras de San Carlos hay otro cerro así llamado y que sirve de baluarte a las llanuras por este rumbo, por el cual se hace el descenso a ellas, llamándose esta parte del camino *Cuesta de la Vieja*. En los cerros que están al S. llamados de Palmira y el Porvenir, nace el río llamado de la Vieja el cual se junta con el Palmital y el Ronrón para desaguar en el río Pez o Peje, afluente del San Carlos.

Ensenada al N. de la Punta Quepos, Llanuras de Pirrís o Güetares de la Comarca de Puntarenas.

1907
A. MERCALLI. Dice en su notable obra *Vulcani Attive della terra*.
Pág. 356.
«2.º Rincón de la Vieja: no se le puede tener como completamente extinguido porque en agosto de 1863 se vió humear fuertemente por tres días. (Seebach).

ONÉSIMO Y ELISEO RECLÚS.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA
UNIVERSAL (ED. ESPAÑOLA)
1907

Dicen estos notables geógrafos en su Geografía bien conocida entre la juventud estudiosa de Costa Rica. Tomo V. Pág. 112.

«Casi aislado, sucede al Orosí, el Rincón de la Vieja es un gran núcleo de cuatro mogotes, cuya ladera Nordeste ofrece un ancho cráter de donde surgen, con intervalos de poca duración, estridentes surtidores de vapores».

1908
MARZO

José Ma. Tristán tomó algunas fotografías de las «hornillas» entre las cuales es muy notable la de la que está situada al E. del arroyo de agua fría por la gran actividad que se nota.

DR. P. P. CALVERT
DESCRIPCIÓN DE LAS HORNILLAS
1910

El Dr. Calvert, de Filadelfia U. S. A. llegó a Puerto Limón el 1.º de Mayo de 1909 acompañado de su esposa la Sra. Amelia S. Calvert. Permanecieron en Costa Rica un año y se dedicaron con gran celo y actividad a los estudios de Ciencias naturales. Entre otros trabajos de alta investigación científica sobre los Odonata (libélulas), el Sr. y Sra. Calvert publicaron en 1907, un valioso libro: «A year of Costa Rican Natural History». (The Macmillian Company) que contiene una extensa documentación, no sólo de ciencias naturales sino de otros variados asuntos expuestos con maravillosa precisión y claridad.

En febrero de 1910 me tocó en suerte acompañar al Dr. Calvert a las «Hornillas de Guachipelín» y sus observaciones son tan exactas que deben figurar entre los buenos documentos para la historia del volcán.

Págs. 436—7—8.

«Durante la noche y en la mañana siguiente había mucho viento y frecuentes lloviznas, la primera lluvia que habíamos tenido desde que salimos de San José. Por consiguiente permanecemos en la casa por varias horas, pero cuando brilló el sol, Espinosa, Padilla y nosotros dos salimos a caballo para las fumarolas o solfataras del cerro Guachipelín.

Seguimos el mismo camino que habíamos pasado la mañana anterior y llegamos a un llano, en el cual cabalgamos por media hora. El sol brillaba con esplendor y con todo, teníamos constante lluvia debido al furioso viento del N. E. que llevaba la lluvia horizontalmente por largas distancias y teniéndolo directamente en contra hizo nuestra jornada más lenta de lo que de otro modo hubiera sido. A ratos el viento soplabo tan fuertemente que me sorprendí de ver al caballo detenerse. Me dejé el sombrero puesto, pero el Prof. Tristán se quitó el suyo y dijo después que la lluvia que golpea-

ba su cabeza se sentía como piedrecillas. Finalmente llegamos a un bosquecillo en donde había algún abrigo y lo atravezamos hasta el Río Colorado que debíamos vadear. Aunque el río aquí era más estrecho y menos profundo, era muy torrencioso con muchas piedras resvaladizas en su lecho y en las orillas y de nuevo Padilla se vió obligado a llevar de diestro a cada uno de nuestros caballos a través del vado. Después de otra extensión de bosques, salimos a un sitio de yerbas con unos cuántos árboles esparcidos y llegamos a las fumarolas un poco después de medio día. Localmente se conocen las fumarolas como «las pailas» y «las hornillas» pero se nos dijo que había otras próximas hacia el N. del Río Blanco, el que no cruzamos nunca.

Estas fumarolas o solfataras son lagunas de agua tibia o caliente, en este caso burbujeando e hirviendo, todas más o menos opacas a causa de la arcilla blanca en la cual se hallan. Las hay de varios tamaños. La mayor ocupaba un tazón cuyo borde estaba a 2.400 pies sobre el nivel del mar, con una profundidad de 30 pies aproximadamente y cuyo diámetro en el fondo estimé en 80 pies en su dirección mayor (de N. E. a S. W.) Sus lados estaban más o menos inclinados, de tal modo que se podía ascender y descender fácilmente y aquí y allá salían pequeños chorros de vapor o el agua caliente burbujeaba o escurría hacia la laguna en el fondo del tazón. Noté dos pequeñas aberturas cada una de dos o tres pulgadas de diámetro, en las cuales se podía ver fácilmente un líquido lechoso, subiendo y bajando mientras burbujeaba y hacía un sonido ronco. A intervalos la «leche» subía un poco más alto que de ordinario y unos pocos pringues salían de la abertura. En esta como en otras fumarolas había pedazos de arcilla blanca mezclada con azufre rojo y amarillo, en algunos lugares bastante firme para persistir y en otros suave y pastoso. Algunos fragmentos que tragamos de allí se han identificado como limonita o goethita (1) con algo de sulfato férrico hidratado. La fumarola grande tenía una pequeña abertura que le sirve de desagüe por el E. a un arroyo. Al otro lado de este arroyo y aproximadamente 100 pies más bajo que la mayor fumarola, había otra más pequeña, notable porque estaba tan próxima al arroyo, probablemente no más de 10 pies de distancia y sobre él, y por la enorme cantidad de vapor que constantemente salía de ella. No pudimos atravesar este arroyo para examinar esta fumarola más de cerca. No teníamos termómetro pero en varias de las lagunas el agua era tan caliente que apenas se podía soportar el mojar la punta del dedo y retirarlo inmediatamente. No notamos diferencia entre la vegetación que rodea las lagunas y la que crece más lejos. Sólo un chapulín ví al lado de la fuma-

(1) Variedades de óxido de hierro. (J. F. T).

rola más grande, pero los insectos en general eran escasos probablemente por el muy fuerte viento que prevalecía también aquí.»

1911. En la Obra del Dr. Karl Schneider. *Las actividades volcánicas de la Tierra* no está citado el R. de la Vieja.

1912 El Prof. Enrique Pittier, antiguo Director del Observatorio Meteorológico y del Instituto Físico Geográfico ha publicado en la bien conocida Revista del Dr. Pettermann (*Ergänzungsheft* Nr. 195) un extenso trabajo sobre la Orografía e Hidrografía de Costa Rica: *Beiträge zur Orographie und Hydrographie*. Pág. 25.

«Como ya mencionamos un valle ancho separa el Miravalles del Volcán Rincón de la Vieja o Cuipilapa cuya cima ha sido visitada por el Sr. von Seebach en el año 1865. Según su observación esta montaña forma una cresta larga que aumenta en altura hacia el N. W. y es el único entre los volcanes del Guanacaste que parece haber estado en actividad durante la segunda mitad del siglo XIX. En el año 1851 lo vieron Scherzer y Wagner arrojando humo. En el año 1863 se elevó del cráter durante tres días una espesa columna de humo negro que estaba probablemente mezclado con ceniza y arena. El único cráter que von Seebach reconoció como tal estaba ya en parte relleno con erosiones pluviales en 1865 y tenía todavía 400 a 500 mts. de diámetro y una profundidad de 30 mts. aproximadamente.»

1912 Junio 14. El corresponsal de «El Pacífico» en Liberia dirige a dicho periódico con fecha 14 el telegrama siguiente:

Liberia 14. A las 8 a. m. de hoy levantóse espesa y negra columna de humo del cráter del Volcán Rincón de la Vieja. La columna fué en aumento dando al cielo un tinte amarillento. (La Prensa Libre).

Don Salvador Villar me comunicó por escrito que esta erupción había sido muy violenta y que había caído ceniza en bastante cantidad de tal modo que algunos ríos habían estado varios días con sus aguas de color lechoso.

1913 Con el título de Los Volcanes de Centro América (Die mittelamerikanischen Vulkane. Dr. A. Pettermanns Mitteilungen. Justus Perthes Geographischer Anstalt, *Ergänzungsheft* Nr. 178 1913) ha publicado el Dr. Carlos Sapper el estudio más completo que hasta la fecha existe sobre los Volcanes Centroamericanos. La Srta. Ana Ratgen, Prof. actual de Geografía en Hamburgo, tradujo, estando en Costa Rica en 1913, al inglés toda la parte referente a los volcanes de este país. Esta

parte será publicada con la autorización del Dr. Sapper, en esta misma Revista a fin de que tan laborioso estudio sirva de mejor guía a Profesores y Maestros en lo que se refiere al conocimiento de nuestro propio suelo.

Del Rincón de la Vieja encontramos las citas de Wagner y Scherzer, Von Seebach, Frantzius y señala el error de Pittier de confundir Cuipilapa con el Rincón de la Vieja.

Señala por primera vez la altura que estima en 1500 metros. Dice que cuando en 1899 pasó por las faldas del volcán no se veían señales de erupciones ni nadie le habló de ellas.

1914
MIGUEL OBREGÓN L.
LECTURAS GEOGRÁFICAS

Dice el Prof. Obregón, en sus instructivas Lecturas Geográficas. Pág. 32.
V. Cordilleras de Guanacaste y Tilarán.

«El macizo volcánico conocido con el nombre de *cordillera del Guanacaste* se inicia a poca distancia de la frontera y llega hasta la depresión señalada por los manantiales del río Frío y por un largo y angosto depósito de agua, el *lago del arenal*, llamado algunas veces impropriamente, laguna de Tenorio.

Contiene cuatro volcanes en estado solfatariano y que pueden considerarse extinguidos con excepción de uno, el *Rincón de la Vieja*, (1371 ms. alt.?) que de vez en cuando arroja cenizas y de cuyo cráter se levantan en ocasiones grandes columnas de humo».

1917
KARL SAPPER

Con el título de «Catálogo histórico de las erupciones volcánicas» (*Katalog der geschichtlichen Vulkanausbrüche. Strassburg 1917. Schriften der Wissenschaftlichen Gesellschaft in Strassburg. 27 Heft*) ha publicado el Dr. C. Sapper un extenso estudio, muy bien documentado, sobre las manifestaciones volcánicas del mundo. Con respecto a nuestros volcanes del norte, cree el Dr. Sapper con muy buenas razones que el Orosí no ha estado activo en el siglo XIX. Supone más bien que el vecino, el Monte Góngora y el R. de la Vieja si pueden haber tenido actividad en tiempos anteriores.

Dice en la pág. 270.

«Este (el Monte Góngora) y el Rincón de la Vieja seguramente representan los volcanes en actividad que Oviedo IV dibuja en su lámina dos, de manera que hay que suponer que estaban en actividad en la época de la conquista. El Rincón de la Vieja estuvo en 1860 regularmente en poca actividad, con erupciones de ceniza de tiempo en tiempo. En Agosto de 1863, arrojó el cráter humo durante tres días.»

1920
RELACIÓN DEL SR.
EDG. BALTODANO

«Desde que estuve por primera vez en la hacienda «Guachipelín» y recorrí las faldas donde nacen cuatro de los principales ríos del cantón de Liberia, pude apreciar las

muchas manifestaciones con que el Rincón de la Vieja exhibe su vida tranquila y llegué a sospechar la existencia de uno o varios cráteres por donde respira cómodamente, sin causar sobresaltos a los habitantes de sus alrededores. Las hornillas y las pailas, grandes solfataras que constantemente están en ebullición, han sido siempre muy visitadas aunque nunca estudiadas, científicamente, y por eso tampoco ha habido en tantos años, persona que se interesara en averiguar la existencia del cráter. A esta indiferencia se debe que no haya nada escrito interesante sobre la vida de este volcán.

Después de haber visto el del Poás, sentí vehementemente deseo de conocer el del vecino de Liberia; pero nadie pudo darme razón de su existencia y todas mis investigaciones terminaban con saber que «seguramente está al lado de Nicaragua». De este mi deseo era también partícipe don Elías Baldioceda, dueño de la hacienda antes citada, y quien varias veces intentó llegar hasta la cumbre, con la intención de ver mejor y poder hacer observaciones que le indicaran la existencia del cráter. Nunca había podido alcanzarla para pasar al otro lado, pero en su último intento, a fines de marzo, triunfó y después de recorrer algún terreno hizo dos observaciones importantísimas: 1a.) que a lo lejos y después de una altura escarpada salía gruesa columna de humo que se elevaba mucho; 2a.) que al S. de esa altura y en una hondonada cubierta de bosques había una laguna de importancia.

Con estas magníficas noticias regresó entusiasmado y preparamos el viaje para el domingo cuatro de abril pasado.

La hacienda «Guachipelín dista de Liberia unos 30 km. en dirección N. E. y la cumbre principal del «Rincón de la Vieja» está al N. N. E. de la casa y a 12 km. aproximadamente. De la casa de la hacienda salimos siete personas a caballo con ocho perros, ascendimos por la ladera del volcán cubierta de bosques y entre los ríos Colorado y Blanco, cerca de dos horas. Poco a poco la vegetación va disminuyendo hasta crecer solamente el copel, árbol que a medida que subimos más, va perdiendo tamaño hasta encontrar los que no crecen más de medio metro, a cuyo amparo y tras una pequeña colina dejamos las bestias para seguir a pie. Desde este punto en adelante la ascensión presenta a trechos algunas dificultades y en otra se presta para correr sobre basto desierto de tierra calcinada por el fuego de antiguas erupciones y cubierto por piedras de todo tamaño, con claras manifestaciones de haber sufrido también la acción del terrible elemento. A poco subir, sin grandes dificultades, estábamos sobre la línea divisoria de las aguas.

Aquí hicimos alto para descansar y ver a lo lejos. Imposible! Hacia el W. y S. teníamos nuestra extensa provincia de Guanacaste envuelta en una inmensa nube de humo, producto de la inicua costumbre de arder los campos, sin más objeto que el de destruir la vegetación para alejar más y más las aguas, acabar con el humus y convertirla en un desierto despreciable. Tal, la perspectiva que tenemos, si una enérgica actitud de parte de las autoridades no corta de raíz esta criminal costumbre. Hacia el N. y E. la niebla de la altura no nos dejó ver muy lejos; pero a nuestros pies nos encontramos con un valle desierto en forma de doble plano inclinado, de unos 2 km. de ancho y que nos propusimos atravesar.

Al alcanzar la altura opuesta pudimos ver al frente y detrás de otra escarpada cumbre, la gruesa columna de humo que nos señalaba el cráter buscado; y a nuestra derecha (S.), en el fondo de un valle cubierto de bosques, risueña laguna que nos atrajo y nos dirigimos a ella. Dentro del bosque y sin ver la laguna, el camino se nos hacía difícil no obstante que íbamos aprovechando un verdadero atajo de ganado, hecho indudablemente por las dantas (tapir). Poco rato después oí un grito de triunfo y al salir del bosque encontré a Baldioceda a la orilla de la laguna, tomando fresca y cristalina agua.

Esta laguna tiene cerca de 400 m. de longitud por 150 m. de ancho con playa pedregosa en parte y cenagoza en otra. No tiene desagüe y la alimenta un pequeño riachuelo. Por todas sus orillas encontramos huéllas de tapiros y las únicas aves que allí vino fueron dos pequeñas tijeretas parecidas a las marinas y palomas collarejas.

Almorzamos allí y luego, viendo hacia el N. observamos de nuevo la gruesa columna de humo que debía guiarnos hacia otro descubrimiento. Comenzamos a ascender por la ladera cubierta de bosque hasta salir nuevamente al terreno desierto donde no hay vegetación ni señal alguna de que en otros tiempos la hubiera. De la meseta antes descrita nos encaminamos por un lomo de burro muy angosto, con pendiente de un 10 %, por donde gente y perros marchábamos en perfecta formación. Indudablemente la marcha en estas condiciones infundía respecto porque los perros dejaban oír, al caminar con el rabo entre las piernas, un llanto lastimero. Las piedras que se desprendían de esta altura a nuestro paso, rodaban adquiriendo gran rapidez hasta perderse con estruendo en el abismo a nuestra diestra y siniestra. Después de caminar en esta forma unos 25 minutos llegamos a un nudo de donde se desprenden dos cordones en forma

de tenaza y que bordean el cráter y cuyos extremos, descendiendo poco a poco, llegan a confundirse con la misma orilla del gran hueco. Tras ligero momento de duda nos encaminamos por el de la derecha, descendiendo en la misma forma que habíamos subido, hasta llegar al borde mismo.

Este cráter tiene muchas semejanzas con el del Poás en menores dimensiones. Es un perfecto cilindro de 500 m. de diámetro aproximadamente; su profundidad, muy difícil de calcular a simple vista, la estimo en 100 m. Por lo perpendicular de las paredes juzgo la laguna del fondo tan ancha y redonda como la boca superior. Durante mucho tiempo estuvimos deseosos de ver que había en el fondo porque la columna de vapores nos lo impedía. De pronto, su constante jugueteo, nos dejó ver un segmento por donde apreciamos una capa de agua, al parecer pura, en cuyo fondo se mueve un barro plumizo con corrientes amarillas que cambian del color pálido al encendido. No fue posible ver otra sección del fondo y mientras esperábamos, una ráfaga de viento nos echó encima parte de la columna, terrible vapor que nos produjo picazón en la cara y manos, fuerte lagrimeo en los ojos con tos incesante. Los perros aullaron, corrimos y nos alejamos de allí fuertemente impresionados, satisfechos, aunque lamentando no haber tenido la indispensable Kodak y barómetro para calcular alturas.

Aunque en las faldas del Rincón de la Vieja abundan los azufrales, en la cumbre y en los alrededores del cráter, el azufre es muy escaso.

Según el mapa político de Costa Rica este cráter está en la provincia de Alajuela y es muy semejante al del Poás, tiene dos lagunas: una en el fondo y otra hacia el S., de agua dulce.

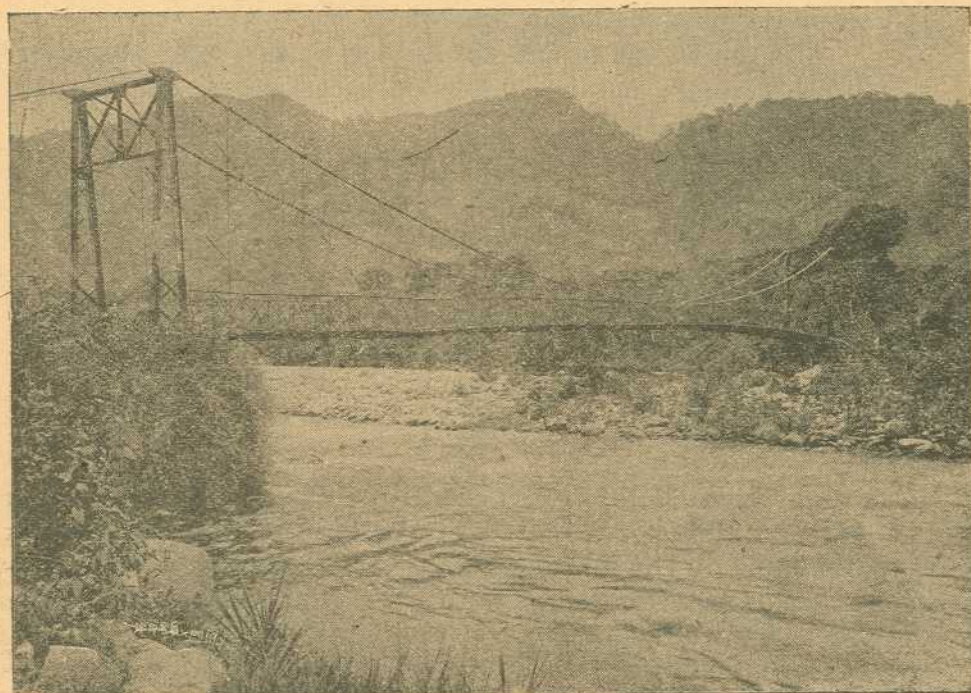
Esta relación fué publicada en el *Repertorio Americano*, Vol. II, N.º 6.—Nov. 1.º de 1920.

*
* *

Para amar bien la Patria es necesario conocerla en sus menores detalles. Hay grandes porciones del territorio que no conocemos o apenas si tenemos de ellas noticias muy vagas. Resalta a primera vista de los apuntes anteriores una falta de unidad en las líneas generales, y varias contradicciones y errores. Las más recientes publicaciones nos trasladan siempre a una época lejana ya que llega casi al límite de la segunda mitad del siglo pasado. Von Seebach visitó el cráter por primera vez en 1865 y los Sres. Baldioceda y Baltodano en 1920, 55 años de diferencia, más de medio siglo! Se siente

tristeza al considerar que nosotros los costarricenses amemos tan poco la Patria desconociéndola en sus menores detalles. Atribuyo esta indiferencia a la falta de una buena orientación científica en nuestra juventud. El estudio de la Flora y Fauna no han penetrado aún en las faldas de este Volcán; los indicios arqueológicos nos son desconocidos, y ni aun referencias geológicas tenemos! Lástima que nuestra juventud no tome más interés en estos asuntos.

San José, Enero de 1921.



El río Reventazón en sus orígenes.—En el fondo se distinguen los cerros de las Cruces

Fray Rodrigo Pérez

Por Pedro Pérez Zeledón

(Conclusión)

Al propio tiempo ordenó la prisión de varios caciques y capitanes agresores, dogmatizadores y promotores de alzamientos y muerte del Padre Pérez; y a la restante indiada, inclusive mujeres y niños, se mandó poner en segura custodia. En cuanto a correrías, insistió Castilla en que se llevaran a cabo. La prisión de caciques fué cometida a Juan de Acuña, quien al practicarla intimó a sus soldados la orden terminante de matar al indio que hiciera resistencia.

Convenido esto, salen de madrugada escoltas en todas direcciones con el objeto de cazar indios, y a las cabezas de las principales se colocan los dos Guzmanes, con la consigna de evitar en lo posible la efusión de sangre. En pocas horas se completó una presa de cuatrocientos indios. Era tál la pasividad de estos infelices, que para la guarda de todos se habían dejado en el real solo seis infantes españoles, cuando se advirtió que aquéllos forcejeaban por soltarse de sus prisiones a la vista de un grupo como de quinientos indios que, apresuradamente y en son de guerra, se acercaban al real; y entonces se dió aviso al Gobernador del inminente peligro de perderlo todo, y acudió él con un refuerzo de soldados para conservar la presa.

Antes de abandonar el puesto fué preciso evacuar dos diligencias inevitables: la una arrasar con cuantos artículos de subsistencia estaban al alcance para el mantenimiento de la expedición en el viaje de regreso, y la otra celebrar honras fúnebres militares en memoria del mártir Fray Rodrigo, sacrificado por los indios tres años antes.

En cuanto a lo primero, no se dejó a la indiada renuente una mazorca de maíz, ni un pejivaye para su sustento; y en cuanto a lo segundo, averiguado que fué el exacto sitio del martirio, al respaldo de una peña grande, cercada de un cañaveral espeso, a la orilla izquierda del río Tarire, se desmontó el terreno y limpió un camino, se llevó en procesión una cruz grande de madera, con todo el aparato militar posible, las cajas de guerra destempladas y el Padre Fray Mateo Miranda rezando las letanías. Colocada que fué la cruz en su propio sitio entonó el religioso un solemne responso, y terminó el acto.

Por fin el 30 de octubre a media noche se emprendió la marcha de regreso: el primer día se pernoctó en la montaña, el segundo día

se pasó por el paraje y quebrada de Síruro, y así en buen orden se hizo la entrada a Cartago, cuyas calles y plaza se recorrieron triunfalmente con la presa de indios hasta la iglesia mayor, donde la infantería española oyó misa, llevándose los prisioneros a la iglesia de Soledad, fuera de la ciudad, por no haber comodidad mejor, en razón de estar caídas las casas de la justicia.

Tiempo es ya de dar algunos detalles (muy pocos por cierto se conocen) acerca de la muerte de Fray Rodrigo. Según declaración de Jusepe, muchacho de hasta dieziocho años que servía al Padre y fué testigo de su martirio, el cacique Juan Serrabá, aoyaque, había escondido a la víctima en aquel lugar en que lo mataron. Después de confesar el religioso al traidor y cuando confesaba a un tal Juan, mozo que también mataron lo indios, llegaron éstos, industriados por Serrabá sobre el sitio del escondite, y le arrojaron al Padre varias pedradas, de las cuales no acertó ninguna; en esto un indio le disparó una flecha que le dió en el pecho, otro indio le dió una lanzada por un costado y le derribó en el suelo y otro le dió con una macana en la cabeza, acabándole de matar.

Ya muerto Fray Rodrigo le echaron al cuello un lazo formado de su propio cordón y le llevaron arrastrando por las peñas del río hasta un salto grande frontero al antiguo sitio del pueblo, y habiéndole despojado del hábito, lo arrojaron a la corriente.

Al tiempo de quererle matar el Padre estaba hincado de rodillas, puestas las manos en actitud de orar, y con los ojos levantados al cielo, les dijo a los indios:

—«Hijos, ¿por qué me matáis, siendo vuestro padre, que os administro los Santos Sacramentos?»

A esto respondió uno de los agresores, llamado Francisco Ladino.

—«Padre, os matamos porque me habéis quitado dos mancebas, y casádome una de ellas, y porque me pedís los cuerpos de los caciques que sacamos de la iglesia y enterramos en el monte.»

Y le replicó el religioso:

—«Todo eso es verdad, porque Dios nuestro señor manda que yo os advierta que vivais como cristianos y no estéis en pecado; y no me pesa de mi muerte, sino de la que a vosotros os han de dar los españoles en venganza de la mía.»

Agrega el testigo que cuando le dieron al Padre con la flecha en el pecho, se encomendaba a Dios y a la Virgen María con todo ánimo

La instrucción de la causa fué amplísima y los reos se condenaron recíprocamente, escapando todos a Juan Serrabá; pero como de los careos practicados resultase que el principal responsable, en la muerte del Padre, en el alzamiento y en el reparto de las ropas, ornamentos, cálices, patena, y de otros delitos, fuera el mismo Serrabá, se sometió éste, por auto considerado, al juicio de tormento,

y confesó de plano todo lo suso dicho, y además su negra traición, como también el hecho de haber aconsejado a sus cómplices lo salvarsen, pues en ese caso se escaparían todos.

Uno de tantos crímenes de que se hizo cargo a los reos fué la muerte de ocho indios sacrificados en obsequio de los caciques robados de su sepultura eclesiástica y de nuevo enterrados en el monte, con ritos diabólicos conforme a su antigua usanza.

Puesta la causa en estado de sentencia, determinó el Gobernador Castilla acompañarse para el fallo con el alcalde ordinario Jerónimo Felipe, con el capitán Juan de las Alas y con el sargento mayor Cristóbal de Chaves, personas todas prudentes y entendidas y de plena satisfacción; y sin voto discrepante se pronunciaron las condenaciones, siguientes por sentencia de 24 de Diciembre de 1619.

En primer lugar una condena general contra todos los indios principales y común del pueblo de Curero, como autores de los delitos de rebelión, sacrilegio y homicidio, a quienes se impuso la pena de ser sacados de su dicho pueblo; el cual será arado y sembrado de sal, poniéndose en él un padrón con expresión de la causa para terror y espanto de los demás indios, y a no volver a sus tierras, ni a diez leguas a la redonda, bajo pena de muerte natural, que se ejecutará sin otra declaración. Ni los hijos de los dichos indios pueden volver en tiempo alguno a las tierras de Aoyaque para poblar en ellas bajo la expresada pena de muerte, esto hasta la tercera generación.

En especial se pronunciaron condenaciones de indios por grupos, como sigue:

I.—Contra *Juan Serrabá, Francisco Cagxi y Diego Hebena.*

De la cárcel en que están, la iglesia de Soledad, sean sacados en bestias menores de albarda, los pies y manos atados, con soga a la garganta, en forma de justicia, y llevados por las calles acostumbradas, con voz deregonero que manifieste su delito, hasta la parte donde, fuera de la ciudad, estará hecha una horca en cuadro, y en ella sean ahorcados hasta que naturalmente mueran. En seguida se les cortarán las cabezas, que se enarbolarán así: la de Juan Serrabá en la nueva población de Guicirí, o sea en la plaza de ella; la de Francisco Cagxi en el camino real entre Chirripó y Guicirí, que se ha de poblar, y la de Diego Hebena en la población de los Hameas, en lo más alto de ella. Y ninguno ose quitar dichas cabezas de los sitios señalados, pena de la vida. Los cuerpos descabezados de los indicados reos serán arrastrados desde donde se hiciese justicia de ellos a la parte donde estará lista una hoguera y en ella habrán de quemarse dichos cuerpos hasta quedar reducidos a cenizas, haciéndoles gracia de no ser arrastrados los cuerpos vivos por la incomodidad de los señores sacerdotes que han de ir confesando a los reos y ayudándoles a bien morir.

II.—Contra *Francisco Muchú, Tariquirá, Mateo Catebá, Diego Areucará, Lucas Noariz, Duará, Quiroduxará, Juan Ibaczará y Bicará.*

De la cárcel (iglesia de Soledad) sean llevados a la horca, donde se les ahorcará hasta que naturalmente mueran, y quitadas las cabezas se entierren los cuerpos en las iglesias y cementerios de la ciudad, repartiéndose las cabezas en esta suerte: dos se mandarán al pueblo de Quepo para fijar una a la entrada y otra a la salida del pueblo; otra cabeza a la entrada de Co, a un lado del camino en el cerro más alto; otra en los altos del camino de Ujarraz; en la plaza de Aoyaque, en los pejivayes se pondrá otra, y en la salida de la hamaca; en la entrada del pueblo de los Catapas otra; y en la entrada del pueblo de Abangares, y otras dos cabezas se pondrán en la parte y lugar donde se hiciese justicia de los dichos indios; y en atención a la frecuencia de alzamientos y rebeliones que hay en la Provincia nadie ose quitar ninguna de las cabezas pena de la vida, para ejemplar de la República.

III.—Contra *Pablo Zurre, Quirigrama, Baltar Cuz y Chiro-buxiburú,* sáquense de la prisión dicha y llevados por las calles acostumbradas con voz de pregonero que manifieste su delito, al volver a la cárcel y antes de penetrar en ella, en la plaza pública, sean desocados, cada uno del pie derecho por la parte delantera.

IV.—Contra *Xeca;* condená: diez años de servicio en favor del Reverendo Padre, Cura y Vicario de Cartago, don Baltasar de Grado, obligado éste a doctrinar e industrial en materias de fe católica al reo. De los primeros cuatro años no se pagará tributo por éste a su encomendero, pero sí de los seis años restantes; y no quebrante Xeca el servicio pena de la vida.

V.—Contra *Luis Querisocá.* Paseado por las calles del modo antes expresado, recibirá cien azotes.

VI.—Contra *Pedro Gómez Cuo-cuará:* servir cuatro años al Convento de San Francisco, y si quebrantare el servicio, pena de la vida. No se pagará por él tributo al encomendero por los cuatro años.

VII.—Contra *Alonso Jiménez Quiñore, Juan Díaz Cacuricará y Pedro Yaramá:* destierro perpetuo de Aoyaque, bajo igual pena de muerte caso de quebrantamiento.

VIII.—Contra *Diego Carito:* la misma pena indicada en el número anterior.

En cuanto a los reos ausentes Francisco Duadore, Cabeuras, Domingo Calirrabá, Encabrizo y Abarí y otros se dejó abierto el proceso.

Y por cuanto entre los reos había varios infieles, que han de bautizarse antes de la ejecución de la sentencia, se mandó dar noticia de ello al Padre Vicario y Religiosos, de San Francisco, para que de caridad los instruyan en las cosas de la fe, por lo mucho que importa para la salvación de sus almas.

El fallo fué notificado el 2 de enero de 1620 al Fiscal Francisco de Arrieta y a los reos por ante su defensor, Diego de Aguilar. Ese mismo día presentó éste el recurso de apelación para ante Su Majestad, a que se proveyo este auto. «Sin embargo de la apelación, la sentencia se ejecute», como así se verificó por el ejecutor de las cosas de la justicia, Juan Ortíz, asistido del Aguacil, Pedro Vizcaino, el 8 del citado mes. Hizo de pregonero Juan Suerre, indio verdugo, y llegada la procesión al alto donde estaba levantada la horca los Religiosos de San Francisco administraron el Santo Bautismo, por haberle pedido con mucho fervor Tariquirá, Duará, Quiroduxará y Bicará; y después que Suerre llenó su principal cometido cantaron los frailes un solemne responso por el eterno descanso de los ajusticiados. Cerró el acto Juan Suerre con el pregón siguiente: «De orden del Señor Gobernador nadie ose quitar los indios de la horca, bajo la pena de perder la vida.»

Asistieron al suplicio de sus compañeros muchos indios de la comarca, y todos lo indios aoyaques, cureros y hebenas prisioneros, colocados de manera que pudieran ver aquel edificante ejemplo, sin obstáculo alguno.

El día 9 procedieron los ministros de la justicia a quemar los cuerpos que debían reducirse a polvo y ceniza, tocándole en turno desempeñar el cargo al verdugo Juan González, quien presidió la quema.

A este mismo González le tocó dessecar a humo en su casa las cabezas que debían mandarse a Quepo, Aoyaque, Catapas, Abangares y otros lugares distantes; y las de más cerca como era Co, Ujarraz, etc., se colocaron desde luego en sus correspondientes sitios.

No consta a que verdugo tocó en suerte desjarretar a los reos Zure, Buxibarú, Quirigrama y Cuz, pero sí hay certificado notarial de haberse cumplido al pie de la letra el tenor de la sentencia en lo tocante a desocación de pies derechos. Quiriscá, condenado a cien azotes tuvo a bien conmutar su pena, de propio motu, pereciendo de calenturas antes del día tremendo.

Hasta aquí la relación del proceder del Gobernador por la vía judicial; viene ahora la enumeración de lo que se practicó con los reos por la vía de buen gobierno, o policía administrativa.

En primer término condenó el Gobernador, por auto de 15 de enero de 1620 a los indios delincuentes a servir por el término de dos años a los soldados expedicionarios y vecinos de Cartago; exentos de pagar tributo a los encomenderos, pero debiéndoles gratificar con la comida y al cabo de los dos años con una hacha

o machete y una fanega de maiz. Prohibióse sacar a los indios fuera de la Provincia, bajo la pena de cincuenta pesos de multa para la cámara de su Majestad.

Y en atención a que los indios, con el temor de la justicia que vieron ejecutar, están muy flacos, enfermos y desnudos, de modo que tienen necesidades de repararse y curarse, en lo que pasará algún tiempo, mandó el Gobernador se entienda que además de los dos años antes dichos han de servir los indios repartidos a sus amos otro año más, debiéndose pagar ese año el tributo a los encomenderos y las personas que los llevaren los vestirán de caridad.

Por otra parte, como los indios entregados están condenados en costas y carecen de bienes para pagarlas, y el escribano Diego Pelaez se ha ocupado más de cinco meses en las actuaciones y aun le falta mucho por trabajar y ha empleado gran cantidad de papel en la causa, cada uno de los favorecidos en el reparto le pagará por un indio casado tres tostones y por cada soltero cuatro reales.

Del repartimiento se excluyeron cuarenta y cinco piezas que se poblarán en el paraje que señale el Gobernador, cerca de Cartago, y como antes tienen que ser curados y reparados mandóse entregarlos a Luisa Hernández, viuda, su encomendera, quien se ha ofrecido a darles de comer y atender a su curación, de caridad.

En cuanto a los indios vacos, hebenas, que se han de poblar aparte, para ser curados y reparados, se mandaron entregar a varios vecinos de Cartago, bajo cuenta y razón, y con conocimiento del oficial real y defensor de naturales.

Por el citado auto de buen gobierno envió el Gobernador a Boruca, en clase de comisionado, a Manuel de Flores, con dos objetos: el uno traer el reo ausente Francisco Duadore que se supo hallarse en aquel pueblo; y el otro reclamar veinte piezas de indios, de ambos sexos y toda edad, que en asalto de 30 de noviembre de 1619, dado por los borucas en tierra de Aoyaque, habían capturado estos como botín de guerra.

Al mismo tiempo debía notificar Flores a los borucas la orden de dar buen avío y pasaje a los españoles que de Cartago a Panamá o viceversa pasasen por Boruca, fuéramos de otros encargos.

De las diligencias practicadas por Flores resultó que los indios habían sacrificado a Duadore en holocausto de la guerra pasada contra los Aoyaques, junto con otro indio cuyo nombre no se da, y en prueba de ello presentaron las dos cabezas que estaban en el campo arrojadas en el suelo; y las veinte piezas reclamadas estaban repartidas entre los soldados borucas a usanza de guerra, y así cómo se las iban a quitar sin que se les diese nada por ellas?

Los borucas, en medio de su barbarie, apelaron a un recurso bastante usual para suavizar la aspereza de su negativa, que fué entregar al Comisionado 14000 granos de cacao de cuenta de tributo para la caja real, o sean setenta libras por valor de diez y siete

pesos cuatro reales, acompañada tal entrega de la protesta de que su parcialidad era amiga de los españoles y allí estaba para lo que el Gobernador les mandase en servicio de su Majestad.

El Duadore solicitado con tanto empeño resultó ser el mismo Francisco Ladino de que arriba se hizo mención.

El escribano Pelaez, satisfecho de la paga hecha en indios de servicio y en tostones de plata por sus actuaciones, dió muy de su grado certificación de lo siguiente:

«De cómo el Gobernador se hubo en la tierra de la guerra de Aoyaque con la prudencia que los autos refieren, acudiendo personalmente a las corredurías y ocasiones más peligrosas, y con ser la tierra asperísima y doblada y de malos pasos, acudió con los más ágiles soldados a todos lances de corredurías y siempre andaba muy deligente en el real, rondándolo las más de las noches personalmente y agasajando los soldados, teniendo mesa general para todos los que a ella querían comer y a otros los llamaba y traía a ella, y lo propio hizo por todo el camino de estada y vuelta e ida, en que hizo a Su Majestad un notable servicio, porque es cosa muy sabida y notoria, así entre los soldados que fueron a esta jornada, como en toda esta ciudad y provincia».

El Gobernador Castilla y Guzmán dió directamente cuenta al Consejo de Indias de sus hazañas, con informe escrito en abril de 1620, en el cual pedía como premio de sus servicios y desprendimiento una renta anual en indios vacos de tres mil pesos, para el establecimiento de sus hijas, con recomendación favorable del Presidente del Reino.

En vez de una renta en indios vacos para casar a sus hijas, lo que obtuvo Castilla fué una larga prisión con embargo de bienes, a consecuencia de ciertas palabras imprudentes, de que hubo quien le acusara como proferidas por él con motivo de la muerte de Felipe III. Esas palabras fueron:

«Voto a Dios que no puedo creer que sea muerto ni es muerto (Felipe III) más si es muerto, voto a Dios que el Rey Felipe IV es un mozuelo de mal seso y de ruín juicio y un tontillo.»

También se le acusó de haber dicho:

«Que había de ahorcar a dos frailes, a dos clérigos y a un papa.»

Es de sentirse que acerca de la vida de Fray Rodrigo Pérez no se tengan más noticias que las arriba consignadas, ignorándose por tanto su procedencia, familia, edad, méritos y servicios. Resulta por lo tanto un héroe y mártir casi anónimo.

En un capítulo jamás fué ni pudo ser cumplida la sentencia de 24 de diciembre de 1619, el referente a aramiento del terreno ocupado por el pueblo de Aoyaque y su sembradura con sal: a pesar de la horrible amenaza de la pena de horca para el que allí osase morar, en Aoyaque continuó viviendo gran número de indios

deudos y amigos de los ajusticiados y esclavizados en 1620, hasta que voluntariamente, en tiempo del Gobernador Sandoval, se presentaron a poblar en San Salvador, Corregimiento de Tierra Adentro, para mayor comodidad de sus encomenderos.

Algún respiro tuvieron los naturales en tiempo del Presidente del Reino, don Alvaro de Quiñones Osorio, quien se negó constantemente a autorizar correrías en pueblos de indios, fundado en la convicción que había formado de que lo único que sus compatriotas perseguían en tales empresas era cazar indios para sumirlos en esclavitud, so color de industrialarlos en la fé católica.

De menguado provecho fueron los esfuerzos de los infelices aoyaques, cureros y hebenas, a virtud de la sentencia de Guzmán y conjueces, pues cuando ingresó Sandoval, unos diez y seis años después, a la provincia, encontró de nuevo a Cartago en ruinas, a causa de grandes terremotos y hubo necesidad entonces de reconstruir así las casas de particulares, como las de Cabildo, Cárcel, carnicería, Convento de San Francisco, Iglesias, etc. etc.



Historia de un Soldado

Por Paul del Saguès

Traducido del francés por Ricardo Fernández Guardia

Después de haber tributado últimamente, en un periódico local, un homenaje merecido a Mr. René Peyrouet, nombrado caballero de la Legión de Honor a título militar, el notable escritor don Rodolfo Castaing ha rememorado las proezas de otro hijo de la ciudad de San José igualmente pródigo de gloria; de otro actor del gran drama mundial de cincuenta y dos meses; de un Cruzado de la Democracia; de un valiente que es, a la vez, un tímido y un sensitivo (la Naturaleza presenta a veces estos contrastes) que se siente más a sus anchas en los campos de batalla, donde tienen la palabra el cañón y las ametralladoras, que en un salón donde, en torno de las mesas de té, se dicen tantos lugares comunes.

Todos conocen aquí al *Tico* de quien habló el señor Castaing: rechoncho, musculoso, ancho de espaldas, varonil, con la cara cuidadosamente rasurada, y la enérgica cabeza coronada de cabellos enhiestos, tiene el talento firme del antiguo soldado de la Legión Extranjera; es un Ateniense por el espíritu y un Espartano por el corazón, «duro de roer» y conecedor de la vida en todos sus aspectos.

Este joven costarricense se llama don José Basileo Acuña. Nació en San José de Costa Rica el 7 de febrero de 1897, de padres costarricenses de lejano origen español, y el Liceo de Costa Rica se honra de haberlo tenido durante cinco años entre sus más distinguidos alumnos, habiéndolo pasado el bachillerato antes de los 17.

En Mayo de 1914 el joven Acuña salió de su ciudad natal para ir a continuar sus estudios en Inglaterra. Procediendo con orden, entró primero en un colegio a fin de aprender la lengua inglesa; después, en octubre de 1914, fué admitido en el «Guy's Hospital» de Londres, para estudiar medicina. El joven estudiante vive entonces en una atmosfera especial de guerra. En los diarios sigue atentamente las peripecias del gran drama que se desenvuelve en las llanuras de Francia. Siente la amenaza que las ambiciones de los Imperios Centrales hacen pesar sobre las libertades trabajosamente adquiridas. Es joven, fuerte y sano; está persuadido de que la razón está de parte de los aliados. Asistir como simple espectador a sucesos considerables que deben instaurar un mundo mejor, le parece una cobardía! Y, aprontado para las grandes acciones, se va espontáneamente a ofrecer sus servicios como voluntario a las autoridades británicas, a ofrecerse a servir, hasta donde estuviera en su mano, el Derecho en peligro!

Pero no es «British» y solo tiene 19 años! Admiran su determinación, le dan un vigoroso «shake-hands» y...lo despiden cortésmente.

No importa! Acaso no tiene Francia necesidad de soldados valerosos y determinados? Irá a servirla a ella, la hermana, qué digo?, la Madre latina, la Nación esencialmente idealista y educadora, centinela avanzando de la civilización.

En el Consulado General de Francia en Londres le informan acerca de los pasos que hay que dar para engancharse en la Legión Extranjera; ese cuerpo selecto creado en 1831 que tomó partes en tantas gloriosas y mortíferas

campañas; y, después de haber atravesado la Mancha, el joven Acuña se presenta, en la Oficina de Reclutamiento del Havre y se engancha, el 16 de mayo de 1916, como voluntario por el tiempo que dure la guerra. De propósito deliberado, y con la sonrisa en los labios emprende el camino pedregoso y escarpado que conduce a la hoguera.

Llega primero al depósito de Lyon; luego lo envían al muy cercano campamento de La Valbonne, en donde durante tres meses sigue sus clases en calidad de fusilero del primer Regimiento de marcha de la Legión Extranjera.

Allí, se encuentra con otros soldados del Derecho que hablan su lengua: españoles (sobre todo catalanes), uruguayos, colombianos, chilenos, mexicanos, venezolanos, peruanos, bolivianos, argentinos, nicaraguenses, guatemaltecos, salvadoreños, etc. etc... héroes dignos de Cervantes que disponen, en defensa de una gran causa y por el triunfo de los grandes principios, de lo que tienen de más precioso en la primavera de la vida; que deliberadamente se ofrecen en holocausto sobre el Altar de la Libertad.

Pero, llega para José Acuña el momento de ascender a su vez al calvario del frente. El 25 de Junio de 1916 lo envían al sector famoso de Lassigny, situado entre Montdidier y Noyón y bajo el mando del coronel Cot. Hasta a principios de 1917, hombro con hombro con sus compañeros, sostiene las trincheras, construye zapas: en una palabra, organiza el sector copiosamente regado con fierro y plomo, cuando su atmósfera no está puesta irrespirable por los envenedadores de enfrente.

Este oficio es nuevo y muy duro para el ex-estudiante; pero no tiene ya por ventura el joven Acuña el alma templada de un viejo «briscard». Bien lo deja ver cuando por instigación de su familia, el Ministro de Costa Rica en Francia, don Manuel M. de Peralta, da pasos para licenciarlo, por ser menor de edad y haberse enganchado sin la autorización de su padre; cuando rehusa enérgicamente abandonar a sus camaradas, salir del infierno de las trincheras; en una palabra, todo lo que no es, en toda su severidad, el cumplimiento del deber que se ha impuesto; cuando resuelve renunciar a todo permiso antes de que la grande obra de saneamiento emprendida, la gran cruzada purificadora no halla llegado a su término. No son acaso tales sentimientos admirables y renovados de los tiempos antiguos? Porque ese joven no lucha por la liberación de su país natal, sino tan solo por una gran idea.

Del sector de Lassigny José Acuña pasa como ametrallador al no menos famoso de Berry-au-Bac, situado cerca del Chemin des Dames; luego participa en la toma de Auberive, cerca de Souain. Por primera vez, el 17 de Mayo de 1917, se le cita en la orden de Regimiento en los siguientes términos: «Buen soldado, abnegado y valeroso, se ha portado muy bien durante las operaciones del 17 al 22 abril de 1917».

Después, sus conocimientos de medicina hacen que lo trasladen a una sección de camilleros. Encontrábase en Forges (al noroeste de Verdun) cuando obtuvo, el 30 de Septiembre, su segunda citación en la orden del Regimiento: «Camillero muy valeroso, muy abnegado. En el curso de las operaciones del 20 al 24 de Agosto de 1917, no titubeo en acompañar las olas de asalto bajo los más violentos bombardeos y las más fuertes ráfagas de ametralladoras, para el transporte inmediato de los heridos».

El 1^{er}. Regimiento de la Legión, mandado en aquel tiempo por el Coronel Rollet, toma parte en el golpe de mano de Flirey, al oeste de Pont-à-Mousson. El joven Acuña ha llegado a ser entonces médico auxiliar, a propuesta del médico principal Spillmann, en tanto que el Dr. Moreno Cañas, otro costarricense amigo de Francia y de los franceses, cuida con grande abnegación, en las ambulancias y hospitales de Paris, a nuestros heridos y nuestros «gaseados» del frente; se hace un excelente cirujano y se une, por estrecha amistad, no solo con sus colegas, sino también con sus enfermos.

La tercera citación en un grado superior (orden de la División) del joven Acuña, tiene la fecha del 20 de febrero de 1918: «Dirigió con mucho método sus escuadrillas de camilleros durante el golpe de mano del 8 de enero de 1918. No vaciló en acudir al socorro de los heridos en los sitios más peligrosos y bajo los fuegos más violentos, dando a sus subalternos el ejemplo más hermoso de valor y sangre fría».

En abril y mayo de 1918, José Acuña se encuentra en el bosque de Hangard, situado al sur de Amiens, en donde igualmente pelean las tropas inglesas. Doquiera que va se le cita en la orden, y, esta vez, en la del Cuerpo de Ejército y a título de campo de batalla, lo que en el frente se considera como un honor muy grande. El 21 de mayo de 1918 el General Touloude firma la citación siguiente: «Durante las operaciones del 26 de abril al 7 de mayo de 1918, aseguró notablemente en primera línea, bajo el fuego del enemigo, la curación y el transporte de los heridos, dando ejemplo de valor, abnegación y menosprecio del peligro. Durante el período de calma se dedicó con mucha abnegación a la obra de levantar y enterrar a los legionarios que cayeron en el ataque del 26».

Pero esto no es todo. El 1^{er}. Regimiento de la Legión contiene, en seguida, la ofensiva enemiga en la Montaña de Paris, al Sur-Suroeste de Soissons, y el 8 de junio, José Acuña es citado, por segunda vez, en la orden del Ejército a título de campo de batalla, por el General Bouchez: «Recogió, curó y evacuó los heridos de su batallón en la línea de combate, bajo un fuego muy denso de artillería y ametralladoras».

En seguida, después de un contraataque ejecutado de Saint-Baudry, frente a Vic-sur-Aisne, nuestro joven médico es citado una vez más, el 14 de Agosto, en la orden de la Brigada (General Bouchez): «El 12 de junio de 1918 dió pruebas de la mayor abnegación y de mucho valor, asegurando la recogida y el transporte de los heridos, a pesar del fuego violento del enemigo».

Por fin, la última y séptima citación firmada igualmente por el General Bouchez, es del 23 de octubre de 1918: «Durante los combates del 2 al 16 de septiembre (Ofensiva del Moulin de Laffaux, al Noroeste de Soissons) dió pruebas de sus habituales cualidades de valor y sangre fría. Prodigó sus cuidados a numerosos heridos bajo los fuegos más violentos».

De suerte que la cinta de la Cruz de guerra conferida a este valiente, miembro de una falange de héroes en la que es particularmente difícil distinguirse, ostenta *siete estrellas*: dos de plata dorada, una de plata y cuatro de bronce, siendo así que su bandera, nueve veces citada en la orden del Cuerpo de Ejército, y por consiguiente ornada con nueve palmas, está condecorada con la Legión de Honor y la Medalla militar.

Antes de la celebración del armisticio, José Acuña sigue a su querido regimiento hasta Nancy, en previsión del gran ataque que debía cortar, en dirección del Sarre, las comunicaciones de los alemanes y que hubiese valido al mundo una paz Poincaré-Foch; después, avanza hasta Mannheim, en Alemania, con las tropas de ocupación. Viaje triunfal, propio para endulzar el vasto recuerdo de las miserias estoicamente soportadas.

Por fin, fue licenciado el 19 de febrero de 1919, después de haber servido y combatido bajo la bandera tricolor durante 33 meses. Al separarse, en el «Hall» de una estación de ferrocarril y a los acordes de la Marsellesa, de su Coronel y de su glorioso estandarte, muchos valientes de los de pelo en pecho de la Legión enjagan una lagrима furtiva, después de haber hecho con gravedad el saludo militar. Preguntádselo a José Acuña; os dirá que de 1916 a 1919 vivió las horas más hermosas de su existencia. Y todos los legionarios, ahora dispersos en los cuatro puntos del globo, piensan lo mismo. Y no reyen sin emoción, de vez en cuando, la preciosa colección de notas, tarjetas y fotografías traídas del frente. En un cuaderno de bolsillo, que también hizo

la campaña de Francia, José Acuña conserva una docena de fotografías de trincheras que merecerían los honores de la reproducción y de la ampliación.

Esos cuatro soldados inmóviles delante de la puerta de una barraca del Campamento de La Valbonne, pertenecen a cuatro nacionalidades diferentes: rumana, brasilera, inglesa y francesa.

He aquí en Pagny-la-Blanche-Côte (Mosa) un grupo de médicos y camilleros fotografiados de pie y llevando en el brazo izquierdo la Cruz de Giniebra: un médico ayudante mayor griego, un médico auxiliar costarricense, cinco suizos, un rumano, un haitiano, un alsaciano, dos italianos. Nunca se vieron hermanos unidos por lazos tan poderosos.

Aquí está un suizo con su fusil ametralladora, y, en el lindero del bosque de Hangard, instalado en una antigua trinchera alemana, un puesto-auxiliar de socorro formado por un médico y siete camilleros. En el primer plano se ve una camilla montada.

He aquí, cerca de Auberive, un «boyau» que se hunde en una selva martir, de la que solo quedan trozos de árboles calcinados; después, en Cottenchy, cerca de Amiens, un puesto de socorro instalado en un albergue *camouflado*. Camilleros de compañía aguardan que se dé la orden de atacar el bosque de Hangard. Momento trágico, en verdad.

Aquí están, en los «ouvrages blancs» de Verdun, cuatro camilleros y un enfermero ocupados en curar a un herido. Otro grupo de camilleros compuesto de un algerino, tres suizos y un costarricense, se ven retratados en Berry-aubac, en torno de un cañón alemán de 77. En fin, en Versigny, aparece descansando en un campo de heno nuestro valiente médico auxiliar costarricense con dos camilleros.

Pero ha llegado para José Acuña el momento de ir al depósito de su regimiento en Lyon, y luego al depósito desmovilizador de Vincennes, cerca de Paris. Después de haber permanecido algún tiempo en la capital, salvada por él y sus compañeros de la mácula enemiga, y sin buscar en ella ninguna sensación nueva, porque este «poilu» que regresa del frente no fuma, ni bebe, se dirige a Londres donde encuentra a sus compañeros de estudio; en seguida se embarca en Liverpool con destino a Kingston (Jamaica) y, por último, llega a Colón donde lo aguarda su padre. En compañía de éste, llega en julio de 1919 a la hermosa residencia toda florida del Paseo de Colón, en San José de Costa Rica, para recibir en ella las felicitaciones de sus parientes, del Cónsul de Francia y de sus numerosos amigos.

Como Claude Farrère conozco muy bellas historias de soldados, entre otras las de Georges Dranguet y Antonio Lota; las de Roger Fortier; el Réverente Padre Henri Nouais y Antonio Bariou, que salieron los cinco de la isla de Trinidad como simples soldados, llegaron a oficiales a fuerza de trabajo, de ciencia y de bravura, y murieron al frente de sus soldados, dando el ejemplo del sacrificio; pero ninguna de esas historias es más bella que la de José Acuña.

Conozco por cierto historias admirables de soldados, entre otras la de Henri Bryois, Cónsul de Francia en Larnaca, jubilado de oficios a la edad de más de 60 años, que se engancho como soldado raso en los «diablos azules» en el campamento de la Valbonne, antes citado, llegó oficial y murió al frente de su sección por ahí en el Somme; también la de Joseph Phelan, nacido en Burdeos de padre Vice-Cónsul americano y madre francesa, quien, al contrario de sus tres hermanos, quiso ser francés y contesta de Puerto-España, desde el 3 de agosto de 1914, a la orden de movilización, se reúne a su antiguo regimiento de infantería en La Rochelle, llevando en las mangas la insignia de cabo, se bate durante más de cuatro años contra los alemanes, vuelve a la pelea al expirar una licencia pasada en el extranjero y regresa a su «home» de Carupano (Venezuela) con el grado de Subteniente y varias

distinciones de guerra, después de haber tenido la suerte, como José Acuña, de salir del infierno europeo sin un rasguño.

El destino fué más cruel con dos jóvenes franceses de Costa Rica, *Francisco Garron* y *Noel Laporte*, muertos heroicamente en el Campo del Honor; lo fué también con el valiente voluntario *Stanislas Kaminski*, cuyos manes trágicos deben andar ahora errantes, apacibles y satisfechos en la grande y santa Polonia resucitada; asimismo con el capitán *Sánchez Carrero*, que mandaba, al regreso de su licencia, el batallón de José Acuña en el ataque del Moulin de Laffaux y fué muerto frente al enemigo, en el momento en que tiraba sobre un aeroplano alemán, por una bala de ametralladora que le entró en la boca. Y nuestro joven médico auxiliar fué quien tuvo la honra de hacer la primera cura al héroe venezolano, que está ahora enterrado en el cementerio del Pressoir (Comuna de Ambleny-Aisne) y del cual se verá seguramente un día la estatua en una plaza de Caracas.

El destino fué por cierto más cruel con el soldado *Vicente Mas*, estudiante chileno de la Escuela de Bellas Artes de París, amigo de José Acuña y como este servidor de Francia en las horas difíciles, muerto en el ataque de Laón.

Y así cuantos otros muertos, la mayor parte anónimos, pero no menos gloriosos!

En fin, el destino fué casi tan cruel con el costarricense *Tobias Bolaños* (Medalla militar) mutilado en un campo de aviación antes de haberse podido oponer a la invasión de la langosta procedente del Este y ahora pensionado por el Gobierno francés; casi tan cruel con el simpático aviador *Paul Charbonnel*, también espantosamente mutilado al regreso de una correía sobre las líneas enemigas, y casado con una costarricense.

Ahora que ya están enterados, a excusas del interesado que ha seguido siendo modesto; ahora que la bravura y el denuedo de José Acuña están establecidos con documentos oficiales y pruebas indiscutibles, ni los franceses de Costa Rica, combatientes o auxiliares del primero o del segundo día, como *René Peyroulet* quien de soldado raso llegó al grado de teniente, condecorado de la Legión de Honor y de la Cruz de Guerra con motivo de ocho citaciones; también *Henri Lamothe* que salió de San José con el grado de sargento y llegó a Subteniente de la Territorial; el sargento primero *André Cournalé* (Cruz de guerra); el sargento *Paul Brémaud* (Cruz de guerra) también gravemente herido; *Pierre Lamicq* (Cruz de guerra), intoxicado por los gases; *Emile de Mézerville* (Cruz de guerra), *Pierre Tichené*, *Henri Garron* (Cruz de guerra) *Vidal Sagot*, *Roger Figeac*, *Raoul Martineau*, *Henri Corcelle*, *Gaston Martin*, *Pierre Falsimagne*, *Jacques Renauld*, *Paulin Giustiniani*, *Alfred Bourillon*, *Georges Assimon*, etc....; ni los franceses de Francia que le deben eterna gratitud, ni los costarricenses que deben admirar en él las cualidades guerreras de disciplina y de sacrificio del héroe de Alajuela, Juan Santa María, se encontrarán en las calles de San José, Londres o París con el soldado de la Justicia y la Legalidad, llamado «Pepe Acuña,» sin saludarlo respetuosamente.

Los hombres como él constituyen una *élite* enviada a la Tierra para redimir muchas bajezas y muchas cobardías. Merecen la admiración de todos nosotros los simples mortales; son un balsamo para el corazón.

Después de haber permanecido algunos meses en San José de Costa Rica al lado de sus padres y amigos, Pepe Acuña ha regresado a Londres para continuar sus estudios de medicina. Y allí será, formulemos los mismos votos que el señor Castaing—allí será donde el Cónsul General de Francia, que fué uno de los primeros en tener la oportunidad de admirar la abnegación, el espíritu de sacrificio por los intereses superiores de la Humanidad del joven legionario costarricense, le dará una nueva y tangible prueba de la

admiración agradecida del pueblo por el cual se sacrificó, del pueblo a quien salvó del aniquilamiento; le tributará con un gesto discreto, del que todos sus conciudadanos apreciarán el alcance, un homenaje que exprese al que no titubeó en lanzarse a pecho descubierto en la más horrible de las guerras para hacer triunfar la razón, la simpatía de todos los franceses y de todos los aliados.

Sobre la unión de Centro América (1)

Por Salomón de la Selva (2)

(Traducido del inglés por Luis A. Casal)

En septiembre de 1921 Centro América celebrará el primer centenario de su independencia. El 15 de ese mismo mes, del año 1821, la Capitanía General Colonial de Guatemala, que comprendía las actuales cinco repúblicas centro americanas y el estado de Chiapas, parte, ahora, de México, declaró su completa independencia de España y de todas las naciones del mundo, constituyéndose, así, una nueva, autónoma y soberana entidad política. Los Estados Unidos de Centro América disgregáronse poco después en repúblicas, dismembración causada por disenciones regionales. Desde entonces, en varias etapas de la historia de Centro América, la unión ha sido objeto de esfuerzos y aun de luchas, pero infructuosos, debido a la oposición emprendida contra ella por los mandatarios político-militares de los diferentes estados, aguijoneados, cada cual, por la envidia del poder de sus camaradas de gobierno. A esa dismembración se debe, en resumen, y directamente a la política mezquina que tal situación engendrara, la facilidad que encuentra el historiador para seguir las huellas de todas las guerras y revoluciones en Centro América. Fuera de la órbita centro-americana, ninguna participación, o al menos muy débil, han tomado los poderes que la constituyen, como beligerantes activos en guerras o revoluciones. Sus conflictos han sido locales y han tenido la prudencia de engendrar y fomentar disturbios solamente entre ellos y mantenerlos dentro de sus linderos. La unión pondría término a tantos trastornos.

Conveniente sería averiguar cuál ha sido la actitud y voluntad de los centro-americanos con respecto al problema de la unión de Centro América. A esa averiguación solo una respuesta encuentro: los centro-americanos siempre han deseado la unión de sus pequeñas repúblicas y ese deseo ha figurado y figura solemnemente en cada una de las constituciones elaboradas en Centro América. En virtud de ese ideal de unidad política un ciudadano de un estado cualquiera centro-americano goza, en los demás, de ciertos derechos que, en justicia, no se conceden a súbditos de otras nacionalidades. Por ejemplo, un nicaragüense puede llegar a ser hijo de Guatemala simplemente fijando su residencia en esta república y manifestando su voluntad de adoptarla por patria; naturalizado, es ya acreedor a todas las prerrogativas inherentes a quien viera la primera luz en Guatemala, aun al de asumir el gobierno del país, si para ello fuere electo, del mismo modo que, quien habiendo nacido en California fijase su hogar en Dakota septentrional y fuese electo goberna-

dor de esta región. Las consideraciones que los centro-americanos guárdanse entre sí son semejautes a las que en los Estados Unidos guardan al ciudadano de cualquier estado de la Unión Americana. Centro América desea, pues ardentemente la unión y sabe y siente que sus tradiciones e historia, aspiraciones, raza y religión, todo en uno, les fortalecerá y animará siempre.

Preséntase ahora otra faz: ¿por qué no se ha verificado la unión de Centro-América, si ella ha sido y es el querer sincero de sus hijos? En parte he dado ya la respuesta: la envidia de los mandatarios despóticos de Centro América y la ambición de cada uno de ellos de llegar a la jefatura de la federación; el pertinaz egoísmo que impide a cada cual ceder su puesto si no ha de adquirir otro más elevado, han sido los obstáculos que han imposibilitado el noble proyecto de unir a Centro América.

En el curso de este año es que las repúblicas centro americanas han podido librarse de ese género de mandatarios. Comunes han sido allá los dictadores que han gobernado durante muchos años; tiranuelos que siempre dieron como razón primordial para oponerse a la unidad política de Centro América el pretexto de que los Estados Unidos no simpatizaban con la unión. Se les ha dicho a los Centro-americanos que los Estados Unidos no reconocerían la Federación, si se realizase. Todo esfuerzo ha sido, pues, inútil. Y esa voz de alarma ha encontrado eco vigoroso en la aseveración de que los Estados Unidos—inclinados al imperialismo—prefieren la separación de Centro América, porque ofrece más facilidad para su absorción. Esa es la única explicación concreta de la mala voluntad que en esas ardientes latitudes ha engendrado—en toda ingerencia de los Estados Unidos en la América Central—el sentimiento antiyankista que predomina allá, no ignorado en la Unión Americana; se le siente y ha sido mirado con aprensión; durante la guerra europea Centro América fué observada muy de cerca, como posible fuente de disturbios, no obstante que sus gobiernos declararon guerra a Alemania o manifestáronse neutrales, inclinándose, así, a favorecer a los Estados Unidos. Por lo demás, ¿es deseable, acaso, que una nación tenga dondequiera amigos en quienes no podría confiar?; más concretamente: ¿es prudente que los Estados Unidos tengan cerca de su Canal (considérese qué puede significar para la Unión Americana el Canal en tiempo de guerra) gente que vive odiando constantemente a Yankilandia, odio considerado como noble y patriótico? ¿No sería aconsejable—pues no conduciría a trastorno alguno—que los Estados Unidos manifestasen francamente su actitud con respecto a la unión de Centro América y declarasen definitivamente su intención de no obstaculizar los ideales de la América Central? Optese por esa actitud y los centro-americanos no tendrían ya motivo para abrigar, como abrigan, sentimientos odiosos contra los Estados Unidos.

He dicho que en este año, no más, Centro América ha podido desembarazarse de jefes mezquinos y ambiciosos. Quizás por vez primera en los anales de su historia, sus presidentes actuales son hombres plenos de conciencia recta, respetuosos a la Constitución de sus patrias y acatadores a la voluntad popular. El nuevo presidente de Guatemala fué aclamado unánimemente en un programa unionista. El del Salvador ha invitado recientemente a los gobiernos de las demás secciones de Centro América a una conferencia que estudiará el problema de Unión. Todos los mandatarios han correspondido empeñosamente a esa invitación y han manifestado su anhelo por la unidad centro americana. Y no podía haber sido de otro modo. Mas, no ha sido posible arrasar del todo con los mezquinos y egoístas partidarios de la separación; sus huestes no han sido extinguidas aun; todavía hacen labor de zapa; son suficientemente fuertes para—valiéndose de astutas maquinaciones políticas—hacer fracasar todo esfuerzo en pro de la unión y acarrear una derrota ridícula a la causa unionista.

Puerilidades, temas de escasa importancia a buen seguro aparecerán amenazando destruir el noble objeto de la Conferencia: dónde tendrá su asiento la capital de la Federación, en cuál estado; surgimiento de rivalidades mezquinas; argumentos contra la Unión basados en el temor de que alguno de los estados se convierta en una Prusia para los otros, y así, hasta el infinito, las mismas eternas dificultades que obligaron a los fundadores de esta grande y próspera Unión a trabajar tras bastidores para formar los inextricables lazos que unen a estos estados, cuando elaboraron su constitución.

Yo pediría a los Estados Unidos, por consiguiente, no solo que declare terminantemente su decisión de no estorbar la comunión de ideales sanos y nobles en Centro América, sino también, que invite cordialmente a la Conferencia a reunirse en Washington (donde en 1907, reunióse la que estableció la Corte de Justicia Centro Americana). Aquí,—al reunirse los estadistas de la América Central para discutir la unión de sus naciones—encontrarán un ambiente de libertad que no hallarian entre el clamor y la opresión locales, y la calma que Washington y sus colaboradores buscaron tras las paredes de un recinto. Aquí, también no echarían de menos el consejo y la ayuda de los norte-americanos que, cual hermano mayor, sincero y lleno de experiencia les ayudaría en la Conferencia a solucionar cualquier dificultad que pudiera estorbar su labor. Ya es tiempo. La colaboración ofrecida por los Estados Unidos a los centro-americanos no puede ser más generosa. Huelga hablar sobre los beneficios materiales que ello acarrearía para los intereses comerciales e industriales de los norteamericanos establecidos en Centro América. Además, es precisamente en los Estados Unidos donde han de arreglarse todos los aspectos financieros de la Federación Centro Americana, así como la distribución o consolidación de sus deudas. Nacida, como si fuera, de la espalda de los Estados Unidos, a manera Dionisiaca, la nueva Federación de Centro América no podría ser sino hija de este país, en su más amplio sentido. La América Central haría honor a ese parentesco.

Washington, D. C., 9 de agosto, 1920.

(1) Tomado de *The Hispanic American Historical Review*, Vol. III, N.º 4, Noviembre, 1920.

(2) Salomón de la Selva es un hermano nuestro, un centroamericano nacido en León, Nicaragua, y como el inmortal Rubén, un Poeta.—Don Rafael Heliodoro Valle en una carta que dirige a don Joaquín García Monge y que apareció publicada en *Repertorio Americano* del 15 del presente mes, dice: «De la Selva está preparado, como pocos, para hablar en América con autoridad plena sobre nuestros problemas y orientar a la juventud: su cultura varia, su actividad de trabajador honrado, su insaciable curiosidad en medio de una vida medio misteriosa y con tiempo para todo, y sobre tanta axcelencia un orgullo de príncipe azteca o de lord inglés y una inocencia muy rara ahora, le dan ejecutorias para ser corifeo de la nueva América.

.....Una de las preocupaciones de este poeta, aunque él aparente indiferencia, es la suerte de su tierra, el que será de Centro América. Y tal inquietud le ha estallado en algunos poemas. Sufre cuando piensa en nuestros jóvenes, en el alcohol que los corroe, la pereza que los arrulla, los chismorreos de barrio que los preocupa, y la guerra civil que completa la obra del alcohol y la pereza.»

Tal nos presenta el señor Valle al autor del trabajo que hoy honra las páginas de esta Revista, trabajo que revela su origen de un cerebro sereno y de un corazón de verdadero patriota.

N. DEL D.

El Rincón de la Vieja

Por Carlos Gagini

En el número anterior de esta Revista se comenzó a publicar una interesante monografía del laborioso profesor don Fidel Tristán acerca del volcán conocido con el nombre que encabeza estas líneas. Como el autor se pregunta cuál es el origen de tan curiosa denominación, me parece que el siguiente pasaje de la *Historia de las Indias* por Hernández de Oviedo (tomo IV, pág. 75) puede dar alguna luz sobre el asunto.

«Oy decir a aquel cacique de Lenderi que avia el entrado algunas veces en aquella plaza donde está el pozo de Masaya con otros caciques, é que de aquel pozo salia una mujer muy vieja desnuda, con la qual ellos hacian su monexico (que quiere decir concejo secreto) e consultaban si harian guerra o la excusarian o si otorgarian treguas a sus enemigos; e que ninguna cosa de importancia hacian ni obraban sin su parescer e mandado; e quella les decia si avian de vencer o ser vencidos, e si avia de llover é cogerse mucho mahiz, é qué tales avian de ser los temporales e subcesos, del tiempo que estaba por venir é que assi acaecia como la vieja lo pronosticaba. E que antes o después un día o dos que aquesta se hiciesse, echaban alli en sacrificio un hombre o dos ó más é algunas mujeres é muchochos é muchachas; e aquellas que assi sacrificaban, yban de grado a tal suplicio. E que despues que los chripstianos avian ydo a aquella tierra, no quería salir la vieja a dar audiencia a los indios sino de tarde en tarde o quassi nunca, é que les decia que los chripstianos eran malos e que hasta que se fuesen e los echassen de la tierra, no quería verse con los indios como solia. Yo le pregunté que cómo baxaban a la plaza, é dixo que primero avia por donde baxar por la peña; pero que despues se avia hecho mayor la plaza é avia caydo de todas partes la tierra, é se avia quitado aquel descendederó é oportunidad de baxar. Yo le pregunté que después que avian avido su consejo con la vieja o monexico qué se hacia ella, e qué edad tenía o que disposición: e dixo que bien vieja era e arrugada, e las tetas hasta el ombligo, y el cabello poco e alçado hácia arriba, e los dientes luengos e agudos como perro, e la color más oscura e negra que los indios, e los ojos hundidos y encendidos; y en fin él la pintaba en sus palabras como debe ser el diablo. Y esse mesmo debía ella ser, é si este decia verdad, no se puede negar su comunicación de los indios y del diablo. E despues de sus consultaciones essa vieja infernal se entraba en aquel pozo, e no la vian más hasta otra consulta.

Destas vanidades e otras copiosamente hablan los indios, e segund en sus pinturas usan pintar el diablo, que tan feae tan lleno de colas e cuernos e bocas e otros visages, como nuestros pintores lo suelen pintar ...

A par de la boca desta cima de Masaya estaba un grand monton de ollas e platos y escudillas e cántaros quebrados e otras vassijas, e algunos sanos e de muy buen vidriado o loza de tierra, que solian llevar los yndios quando allí yban llenos de manjares y diversos potajes e los dexaban allí diciendo que eran para que la vieja comiese, e por la complacer e aplacar, quando algun terremoto o temblor de tierra u otro rescio temporal se seguía, porque pensaban que todo su bien o su mal procedia de su voluntad della».

He subrayado algunas lineas del último párrafo porque el mismo señor Tristán me ha comunicado que en el volcan Irazú encontró también una gran cantidad de fragmentos de vasijas, que revelan una práctica religiosa análoga.

Varios pueblos indígenas tenían la creencia de que los volcanes estaban habitados por seres fantásticos, particularmente viejas. Así los indios del Darién tenían su Dabaiba «cacica antigua en quien ellos tenían gran devoción, que dizen que cuando atruena que está enojada la Dabaiba....Dizen que hay dos casas: la una es un buhio rico del Diablo e el otro es la casa de la Dabaiba, que guarda un tigre.» (*Doc. Inéditos de América y Oceania*, tomo XII, pág. 407).

15 Marzo 1921.
